

JUAN PABLO RUBIO SADIA, OSB

LA LITURGIA BENEDICTINA
Y EL MINISTERIO DE AMOR
DE LA IGLESIA ORANTE

Año XXXVIII - Núm. 78 - julio-diciembre 2014

Separata de "NOVA ET VETERA"

Ed. Monte Casino • Benedictinas (Apdo. 299)

49080 ZAMORA

LA LITURGIA BENEDICTINA Y EL MINISTERIO DE AMOR DE LA IGLESIA ORANTE

Juan Pablo RUBIO SADIA, OSB

1. Consideraciones preliminares

Al inicio de este ciclo de conferencias sobre la sabiduría y la belleza de la liturgia¹, quisiera hacer algunas consideraciones preliminares. La primera se refiere al lugar –un monasterio benedictino– donde da comienzo nuestro ciclo formativo, destinado principalmente a seculares. Este hecho, a mi entender, no deja de ser significativo, porque Benito de Nursia sitúa la liturgia en el corazón mismo de la vida de sus discípulos. Siglos después, el monasterio por él concebido continúa siendo un lugar donde se aprende el arte de escuchar, una “escuela” donde se edifica la interioridad, un ámbito de cultura y amor a las letras, y sobre todo un espacio vivo de alabanza litúrgica, de memoria de las acciones de Dios, de celebración de la Pascua de Jesucristo².

Quien se acerca a un monasterio benedictino, como vosotros hoy, es testigo del tiempo que los monjes consagramos al canto de los salmos y a la escucha de la Palabra de Dios, y se da cuenta de la primacía efectiva que el servicio divino tiene en nuestro modo de vivir. El capítulo 43 de la Regla lo manifiesta cuando se refiere al frecuente retorno de los monjes a la oración, interrumpiendo sus actividades: «A la hora del oficio divino,

¹ Conferencia pronunciada en la Abadía de la Santa Cruz (22.3.2014), dentro del ciclo *Sabiduría y belleza de la Liturgia: de san Benito a Benedicto XVI*, organizado por la Fundación Foro San Benito de Europa.

² De hecho, toda la tradición benedictina está marcada por la impronta de la liturgia, hasta el punto de confluir y conciliarse en ella la cultura literaria y el deseo de Dios, según la célebre expresión de J. LECLERCQ, *El amor a las letras y el deseo de Dios*, Salamanca 2009, 316.

tan pronto como se haya oído la señal, dejando todo cuanto tengan entre manos, acudan a toda prisa, pero con gravedad, para no dar pie a la disipación. Nada se anteponga, por tanto, a la obra de Dios» (*nihil operi Dei praeponatur*)³. La plegaria litúrgica, que san Benito denomina “obra de Dios”, ocupa un puesto preeminente⁴. En ella se sumerge el monje en ciertos momentos de la jornada en su búsqueda incansable del Dios vivo. Detrás late el anhelo de encarnar la exhortación evangélica a orar sin desfallecer (Lc 18,1), a permanecer en vela orando en todo tiempo en la espera del día del Señor (cf. Lc 21,36). La vida en el monasterio, pues, se alimenta y se construye de oración perseverante, de intercesión callada y silenciosa por la humanidad entera, en soledad, resistiendo las tentaciones del maligno y agradeciendo y gustando los consuelos divinos.

En torno al altar, en la eucaristía o durante la plegaria de las Horas, san Benito nos pide que estemos totalmente presentes en aquello que celebramos: «Meditemos, pues, con qué actitud debemos estar en la presencia de la divinidad y de sus ángeles, y salmodiemos de tal manera que nuestro pensamiento concuerde con lo que dice nuestra boca»⁵. Esa actitud hace de la liturgia el valor más influyente de la espiritualidad monástica. Vosotros no sois monjes, pero el hecho de haberos acercado hasta aquí puede enriqueceros y estimular una reflexión sobre el significado y el valor que la oración litúrgica tiene también en la vida de un creyente.

Mi segunda consideración pretende armonizar, en cierta medida, liturgia, unión con Cristo y santificación. Sabemos que el cristianismo es la vida que brota de la comunión entre el Resucitado y la Iglesia. La liturgia precisamente hace viva y actual esa comunión. Subrayo esto porque con frecuencia caemos en la tentación de ver en Jesús tan solo un modelo ético, y

³ *Regla de san Benito* cap. 43,1-2, ed. G.M. Colombás-I. Aranguren (Biblioteca de Autores Cristianos 406), Madrid 1993, 140-141.

⁴ La importancia de la celebración litúrgica atribuida por san Benito se pone de manifiesto en el hecho de haber consagrado la sexta parte de su Regla (doce capítulos: 8-19) a la ordenación minuciosa del Oficio divino y dar disposiciones sobre la oración en común en otros seis capítulos (43, 44, 45, 47, 50 y 51). Es más, uno de los elementos que ayudan a discernir la verdadera vocación de un postulante es precisamente la solicitud para el Oficio divino (*si sollicitus est ad opus Dei*; cap. 58,7); cf. G.M. BRASÓ, *Sendero de vida: en el umbral de nuestra conversión. Conferencias sobre la Regla de san Benito*, Zamora 1978, 119-121. Hay que precisar, de todos modos, que la expresión *opus Dei* «no se reduce –según P. Miquel– sólo a la liturgia; tener celo por el *opus Dei*, es convertirse en “colaborador de Dios” con toda su vida en la obediencia»; P. MIQUEL, *Ser monje*, Zamora 1992, 32.

⁵ *Regla de san Benito*, cap. 19,6-7, ed. Colombás-Aranguren, 113-114.

en el cristianismo y sus ritos una doctrina o programa moral, excelso, desde luego, pero no más que ideas, criterios y ceremonias. Visto así, es algo que se halla fuera de nosotros, y a lo que nosotros tratamos de adaptarnos con mayor o menor éxito. Semejante visión mutila el misterio de Jesús, el sentido del vivir cristiano y el valor de la celebración litúrgica.

Cristo no me aporta sólo una orientación *para actuar*; me aporta vida nueva *para ser*⁶. Y por ello, seguir a Cristo y celebrar su obra salvífica no es solamente procurar cumplir con unas reglas de conducta o ajustarnos a unas rúbricas, sino “sacar” de Cristo mismo la energía y la vida que necesitamos para llevar a la práctica esas normas. Desde ahí se comprende la grandeza de la acción litúrgica como medio insustituible para entrar en comunión con Dios. Dicho de otro modo, en una moral, lo primero es lo que yo hago por Dios; en una religión revelada, en cambio, lo primero es lo que Dios hace por mí. ¿Qué hace en favor mío el Dios revelado en Cristo? Me santifica a través de los misterios de su Hijo, que en la liturgia se hacen accesibles para mí. Pensemos bien esto: Jesucristo me ofrece su vida por medio de la actualización del misterio de su Pascua.

Me queda por expresar, en estos compases iniciales, el deseo de que este ciclo os enriquezca y os abra a la sabiduría y la belleza de la liturgia. Recuerdo que en mi visita a la Biblioteca Municipal de Albi (Francia), con ocasión de la consulta de un venerable códice litúrgico, pude ver a la entrada una inscripción que me llamó la atención y que hago mía en este momento; decía así: *Sortez plus instruit et meilleur*. Ojalá que cada uno salga sabiendo más y también siendo mejor, es decir, deseo que finalicéis estas jornadas ilustrados con nuevos conocimientos y, al mismo tiempo, con la aspiración de aquilatar vuestra participación en la liturgia.

2. «En la tierra fértil de Dios»: algunas descripciones de liturgia

Se ha dicho que entrar en la liturgia es como adentrarse «en la tierra fértil de Dios», en aquel ámbito «en donde tiene su morada el Misterio de Cristo»⁷. Precisamente por ello, porque la liturgia es trascendental, no

⁶ Cf. conferencia de O. González de Cardedal, «Jesucristo iniciador y consumidor de la santidad de sus discípulos (LG 40)», pronunciada en la Jornada de estudio *Santidad y crecimiento en Cristo: don y tarea* (8.5.2013), organizada por la Facultad de Teología de la Universidad San Dámaso (Madrid).

⁷ F.M. AROCENA, *Liturgia y vida. Lo cotidiano como lugar del culto espiritual*, Madrid 2011, 9.

resulta factible encerrarla en una definición. Aun así, son múltiples las descripciones y nociones que nos ayudan a penetrar su realidad poliédrica y misteriosa⁸. Algunas son de carácter teológico, otras pastoral, las hay sugerentes y coloristas; todas verdaderas, pero ninguna exhaustiva. Comencemos por la que nos ofrece el Concilio Vaticano II en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*:

«Se considera la liturgia como el ejercicio de la función sacerdotal de Jesucristo, en la que, mediante signos sensibles, se significa y se realiza, según el modo propio de cada uno, la santificación del hombre y, así, el Cuerpo místico de Cristo, esto es, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público. Por ello, toda la celebración litúrgica, como obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no iguala ninguna otra acción de la Iglesia»⁹.

La liturgia es la continuación en el espacio y en el tiempo de la acción sacerdotal de Cristo, por la cual se da a todos los hombres acceso al Padre a través del misterio de su carne. Esta es una noción muy rica y profunda que se complementa con la que nos ofrece la misma Constitución un poco después:

«Aunque la sagrada liturgia es, principalmente, culto a la Divina Majestad, contiene también una gran instrucción para el pueblo fiel. En efecto, en la liturgia Dios habla a su pueblo: Cristo sigue anunciando el Evangelio. El pueblo responde a Dios con cánticos y oraciones»¹⁰.

El valor de este texto reside en abrir la concepción cultural de la liturgia a una perspectiva dialógica, y por tanto dinámica, presentándola como un diálogo eminente, un diálogo salvífico entre Dios y su pueblo. En toda acción litúrgica Dios *habla*, revela y anuncia mediante su Palabra; y la Iglesia *responde*, alaba y da gracias. Dentro de esta lógica, otro documento recuerda que la estructura fundamental de la alabanza de las

⁸ Cf. J.A. ABAD-M. GARRIDO, *Iniciación a la Liturgia de la Iglesia*, Madrid ⁴2007, 17-35.

⁹ CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Sacrosanctum Concilium* (4.12.1963), sobre la sagrada liturgia, núm. 7.

¹⁰ *Ibid.*, núm. 33. Recientemente el Papa Francisco ha recordado este aspecto en la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (24.11.2013), sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, núm. 137.

Horas es un «coloquio entre Dios y el hombre»¹¹, entre ese Dios, perfectamente glorificado, y el hombre, perfectamente santificado. La noción dialógica, desarrollada por la teología litúrgica del siglo XX¹², encuentra en el esquema o secuencia celebrativa: lectura (de la Palabra), canto y oración (*lectio, canticum, oratio*), tan característico de la Vigilia pascual, una genuina expresión de la vida de la Iglesia¹³. Podéis ir viendo que la liturgia, acción sagrada por excelencia, es una “mediación” para entrar en comunión con la Trinidad santa; un intercambio misterioso con ese Dios que se abaja hasta nosotros y se nos entrega por amor.

Os voy a proponer a continuación dos textos que nos aproximan a la liturgia desde su función didascálica y mistagógica. En efecto, ella instruye al pueblo de Dios y, en este sentido, afirmamos que es “escuela” y “maestra”. Entrar en el ámbito sagrado de la celebración significa entrar en una auténtica “escuela de oración”, donde aprendemos la genuina espiritualidad de la Iglesia y se nos inicia en la experiencia de nuestra condición de hijos de Dios¹⁴. Cabe evocar aquí la frase de Paul Claudel: «Aprendo a rezar sentado en las rodilla de mi madre la Iglesia». El cristiano que *con-celebra* bien, aprende en la liturgia a ser mejor cristiano.

¹¹ «Tanto en la celebración comunitaria, como en la recitación a solas, se mantiene la estructura esencial de esta Liturgia, que es un coloquio entre Dios y el hombre»; *Ordenación general de la Liturgia de la Horas* (1971), núm. 33.

¹² Cf. J.A. JUNGSMANN, *Las leyes de la liturgia*, San Sebastián 1960, 65-80; E.J. LENGELING, «Dialog zwischen Gott und Mensch in der *Liturgia Horarum*», en P. JOUNEL-R. KACZYNSKI-G. PASQUALETTI (eds.), *Liturgia opera divina e umana. Studi sulla Riforma Liturgica offerti a S.E. Mons. Annibale Bugnini* (Bibliotheca Ephemerides Liturgicae, Subsidia 26), Roma 1982, 533-571; ID., «Le lectures bibliques et leurs responsori dans la nouvelle Liturgia delle Ore», en *Liturgia delle Ore. Documenti ufficiali e studi* (Quaderni di *Rivista Liturgica* 14), Torino 1972, 185-219; «Liturgie, Dialog zwischen Gott und Mensch», en TH. FILTHAU (ed.), *Umkehr und Erneuerung. Kirche nach dem Konzil*, Mainz 1966, 92-135; J. CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual. Teología, celebración, experiencia* (Biblioteca Litúrgica 27), Barcelona 2006, 219-241.

¹³ Cf. A.-G. MARTIMORT, «El diálogo entre Dios y su pueblo», en A.-G. MARTIMORT et alii, *La Iglesia en oración. Introducción a la liturgia*, Barcelona ²1992, 155.

¹⁴ Cf. J. LÓPEZ et alii, *La liturgia, escuela de oración* (Cuadernos Phase 139), Barcelona 2004; R. TAFT, *La Liturgie des Heures en Orient et en Occident. Origine et sens de l'Office divin* (Mysteria 2), Turnhout 1991, 353-358. Garrido Bonaño ha escrito, a este respecto, que la calidad didáctica del “clima” de la celebración «es muy difícil de superar; pues, de una parte, suscita, transmite y educa la fe convirtiendo en oración sus contenidos; y, de otra, comunica y profundiza en las verdades divinas no sólo ni primariamente de un modo conceptual, sino experiencial e iniciático»; J.A. ABAD-M. GARRIDO, *Iniciación a la Liturgia de la Iglesia*, Madrid ⁴2007, 42.

Esta idea aparece en la encíclica *Spe salvi*, cuando se habla de la oración como escuela de esperanza:

«Para que la oración produzca esta fuerza purificadora debe ser, por una parte, muy personal, una confrontación de mi yo con Dios, con el Dios vivo. Pero, por otra, ha de estar guiada e iluminada una y otra vez por las grandes oraciones de la Iglesia y de los santos, por la oración litúrgica, en la cual el Señor nos enseña constantemente a rezar de forma correcta»¹⁵.

La liturgia es también esa “maestra” que nos desvela el sentido profundo de la Palabra divina. Constituye el lugar privilegiado donde la Palabra adquiere ecos muy personales y fecundos. Vale la pena citar un pasaje de la Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini* que alude a esta dimensión:

«Al considerar la Iglesia como «*casa de la Palabra*», se ha de prestar atención ante todo a la sagrada liturgia. En efecto, este es el ámbito privilegiado en el que Dios nos habla en nuestra vida, habla hoy a su pueblo, que escucha y responde»¹⁶.

Hasta aquí hemos expuesto una serie de dimensiones esenciales y sugerentes que por desgracia no podemos desarrollar: acción sacerdotal de Cristo, culto sagrado, diálogo salvífico, escuela de oración cristiana, ámbito privilegiado de escucha y comprensión de la Palabra. Este conjunto de nociones explica por qué la liturgia se ha visto como «una hoguera siempre encendida en medio de la casa de Dios», en la que se han calentado los grandes hijos de la Iglesia¹⁷ y en la que también los monjes, desde la primera hora, han acrisolado sus ideales y sus vidas.

Al mismo tiempo, es preciso que distingamos dos elementos o realidades: el Misterio de Cristo y las formas rituales de celebrarlo y actualizarlo. Dicho metafóricamente, tenemos una “joya” custodiada en “cofres” diferentes. Pensad, por ejemplo, en la variedad de los ritos orientales o en nuestro rito hispano consolidado en el siglo VII. Esa imagen nos sirve para introducir, aunque sea muy sucintamente, la trilogía Misterio-cele-

¹⁵ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi* (30.11.2007), núm. 34.

¹⁶ BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (30.9.2010), núm. 52. Véase asimismo O. CASEL, *El misterio del culto cristiano*, San Sebastián 1953, 119.

¹⁷ Cf. F.M. AROCENA, *En el corazón de la liturgia*,³2004, 20.

bración-vida, cuya comprensión resulta esclarecedora. Lo voy a hacer con una frase del *Catecismo de la Iglesia Católica* que armoniza de una forma muy lograda los tres conceptos:

«La Iglesia anuncia y celebra en su liturgia el Misterio de Cristo para que los fieles vivan de él y lo testimonien en el mundo»¹⁸.

El *Mysterium* se refiere al acontecimiento salvífico por excelencia, a la muerte y la resurrección de Cristo. Ese misterio salvador se actualiza sacramentalmente mediante la liturgia, obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, la Iglesia. La vida es la santificación del hombre por la participación litúrgica y la conversión. No debemos, pues, confundir Misterio y liturgia, como tampoco identificar liturgia y vida, aunque exista un nexo inseparable entre ellas. El Misterio de Cristo nosotros lo celebramos con las formas sensibles de nuestras oraciones, cantos y gestos, porque si bien no admite trasvase, sí admite signos, que nos permiten vislumbrarlo. En cierto sentido, la liturgia “plasma” el Misterio, lo hace accesible para nosotros. Ella es, por consiguiente, la mediación simbólica que pone en relación y condensa al mismo tiempo la fe y la moral:

1º MISTERIO	→	<i>lex credendi</i>	→	FE
2º CELEBRACIÓN	→	<i>lex orandi</i>	→	LITURGIA
3º VIDA	→	<i>lex vivendi</i>	→	VIDA

En el interior de esta trilogía fundamental percibimos, además, dos grandes movimientos. Uno en sentido ascendente, desde la vida hacia la celebración y el Misterio, que funda la realidad de la alabanza de Dios. Otro en sentido descendente, desde el Misterio hacia la celebración y la vida, que instauro la realidad de la santificación del hombre. En resumen, la liturgia es el Misterio celebrado para la vida de los cristianos en la Iglesia, Cuerpo sacerdotal de Cristo¹⁹.

3. La oración como respuesta al Dios que se revela

En mi propósito de ir penetrando en esta realidad misteriosa, considero de enorme utilidad ofrecer una fundamentación teológica de la oración cristiana. Ello nos permitirá comprender por qué el monacato ha llegado a conferir esa centralidad a la oración litúrgica. El marco teológico

¹⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992), núm. 1068.

¹⁹ Cf. AROCENA, *Liturgia y vida*, 27-29.

en el que vamos a movernos ahora es el de la revelación divina, es decir, la autocomunicación de Dios en su verdad y en su vida, con una manifestación del «misterio de su voluntad» que se va efectuando en el designio trinitario y que abre a los hombres a la participación en la vida divina²⁰. Gracias a la revelación Dios ya no es un desconocido, sino que ha roto el gran silencio, mostrándose a los hombres²¹. La dimensión dialógica, en la que hunde sus raíces la oración bíblica y la plegaria cristiana, queda patente en este pasaje del Vaticano II:

«En esta revelación, Dios invisible (cf. Col 1,15; 1Tim 1,17), movido de amor, habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33,11; Jn 15,14-15), trata con ellos (cf. Bar 3,38) para invitarlos y recibirlos en su compañía»²².

Como afirma Jesús Castellano, la revelación «lleva el sello de la amistad y de la condescendencia divina»²³, es una invitación al trato personal, a la celebración de esa amistad que adquiere una dimensión histórica. Por medio de obras y palabras intrínsecamente ligadas, Dios mismo va desvelando la verdad profunda sobre sí (*intima de Deo veritas*) y sobre la salvación del hombre hasta que en Cristo toda la revelación alcanza su plenitud²⁴.

Por su parte, en *Dei Verbum* 21 se recuerda que la revelación no se ha interrumpido, sino que llega hasta el momento presente, haciéndose actual con cada persona y cada generación. Más tarde veremos que es justamente en la plegaria litúrgica, historia de la salvación *en acto*, donde se actualiza la revelación. Por ahora, nos interesa subrayar, con el documento conciliar, que Dios continúa hablando al hombre, prosigue el diálogo amoroso y salvífico:

«En los Libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos. Y es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor

²⁰ Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum* (18.11.1965), sobre la divina revelación, núm. 2.

²¹ Cf. BENEDICTO XVI, *Meditación durante la primera congregación general de la XIII asamblea general del Sínodo de los obispos* (8.10.2012).

²² CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, núm. 2.

²³ J. CASTELLANO, *La Liturgia de las Horas. Teología y espiritualidad*, (Biblioteca Litúrgica 19), Barcelona 2003, 69.

²⁴ Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, núm. 2.

de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente limpia y perenne de vida espiritual»²⁵.

Así pues, toda la originalidad de la oración bíblica, heredada por la tradición cristiana, se remonta al hecho excepcional de la revelación: un Dios personal que ha hablado a los hombres como a sus amigos²⁶. La oración tiene ya el denso significado de una *alianza de amor* entre Dios y el hombre, de una celebración de la fidelidad de Dios a sus promesas²⁷.

Por otra parte, la *synkatabasis* o condescendencia divina no se traduce únicamente en esa invitación al trato familiar y a la comunión, sino también en la categoría de presencia y cercanía de Dios. Dios se hace presente donde está su pueblo, donde se hallan sus amigos. Los diversos lugares de revelación y diálogo, de encuentro y alianza (montaña, desierto, ciudad santa, destierro, templo, etc.) culminan en Cristo, nueva tienda y nuevo templo. La comunidad y cada discípulo de Jesús se convierten en el nuevo lugar de oración, donde resuena la Palabra en el Espíritu y se eleva la respuesta orante.

En síntesis, podemos decir con el profesor Castellano que la oración no parte de una hipotética necesidad del hombre, ni es una búsqueda individual incierta, como si Dios no hubiera iniciado y ofertado ese diálogo de salvación que conduce a la comunión con Él; la oración no es una secreta satisfacción de inquietudes subjetivas o una búsqueda de sabidurías o energías escondidas; no es un grito que se pierde en un firmamento vacío; ni una inmersión en las profundidades del ser para encontrarse consigo mismo; ni tampoco una comunión con todas las cosas en una especie de absorción intimista que lleva a un incierto absoluto²⁸.

Quedémonos con este concepto esencial: la oración cristiana es la *respuesta* a la revelación, acogida de la iniciativa de un Dios que habla y se entrega; tiene el tono de un diálogo familiar, que se intensifica a medida que la revelación avanza²⁹. Palabra reveladora y oración/respuesta son, pues, los dos elementos que confluyen sacramentalmente en la celebración litúrgica. Toda la certeza y objetividad de la respuesta se sustenta

²⁵ CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, núm. 21.

²⁶ Cf. M. MAGRASSI, «Le leggi strutturali del dialogo con Dio», *Parola, Spirito e Vita* 3 (1981) 7-10.

²⁷ CASTELLANO, *La Liturgia de las Horas*, 71.

²⁸ *Ibid.*, 71-72.

²⁹ *Ibid.*, 68.

en la Palabra, que cuando se proclama y acoge actualiza lo que revela. De ahí se deduce también que no hay auténtica educación en la fe si no se da una coherente educación a la oración como celebración personal y comunitaria de esa fe. Y por eso, la Iglesia es esencialmente una comunidad orante (*Ecclesia orans*), que actualiza la alianza con Dios en el diálogo de la liturgia; en ese mismo diálogo dinamiza su acción evangelizadora y testimonial. Desde esta óptica, la liturgia celebrada en las comunidades monásticas constituye –como veremos– una realización ejemplar y continua del diálogo de la revelación.

4. El ministerio orante de la Iglesia confiado a los monjes

Con esta base teológica, vamos a abordar la idea central que ha dado título a esta conferencia: *La liturgia benedictina y el ministerio de amor de la Iglesia orante*³⁰. Como sabemos, en la Iglesia hay diversidad de carismas y ministerios. Sería imposible enumerar todas las formas de servicio que la Iglesia, con enorme creatividad, ha desplegado a lo largo de los siglos y continúa desplegando todavía hoy³¹. Lo que sucede es que cuando hablamos del servicio eclesial solemos reducirlo a su dimensión apostólica, externa y visible; esto es, a los ámbitos de la pastoral, la predicación, la misión, la educación, la asistencia a los pobres, a los enfermos, a los ancianos, etc. Sin embargo, no sólo existe –como hemos dicho– el ministerio o servicio de la evangelización y de la caridad. Hay también *un ministerio de respuesta a Dios*, un ministerio de agradecimiento por sus dones, de acogida y meditación constante de su Palabra, un servicio de súplica e intercesión por las necesidades de la humanidad: éste es el servicio de amor de la Iglesia que ora³². Nadie en la Iglesia está excluido de este ministerio que tiene en la celebración litúrgica su máxima expresión. De ahí se desprende que, aun no siendo exclusivo de las comunidades monásticas, encuentre en ellas una manifestación paradigmática. En otras palabras, se trata de un ministerio eclesial que los monjes asumen como forma de ser específica dentro de la Iglesia.

En el contexto social y cultural en el que nos movemos, tal vez para muchos resulte difícil entender y valorar, incluso en ambientes eclesiales,

³⁰ *Ibid.*, 47.

³¹ A este respecto véase S. CANTERA MONTENEGRO, *Historia breve de la caridad*, Madrid 2005.

³² Cf. CASTELLANO, *La Liturgia de las Horas*, 45-46.

ese ministerio ejercido permanentemente a través de su oración pública. Pero lo cierto es que las comunidades monásticas hacen visible el diálogo de amor de los hombres con Dios.

Debemos considerar, además, que el sujeto de la oración litúrgica es el “nosotros” de la Iglesia. Ciertamente, el monje sabe que no canta los salmos ni recita los textos bíblicos en nombre propio, encerrado en su individualidad, sino que lo hace «en nombre de todo el cuerpo de Cristo, e incluso en nombre de la persona del mismo Cristo»³³. Y, de este modo, no tiene dificultad en hacer suyos los sentimientos que la liturgia pone ante él, ya que todo lo asume orando en nombre de la Iglesia.

Este servicio de respuesta hace de los centros monásticos verdaderos iconos de la Iglesia «que cree y ora», según la hermosa expresión del beato Pablo VI³⁴. Por medio de la liturgia benedictina jamás se interrumpe el coloquio entre Dios y su pueblo, ni la voz de la Esposa que habla al Esposo³⁵, ni «el cántico de alabanza que resuena eternamente en las moradas celestiales»³⁶. Los monjes viven entregados al servicio de este amor y aseguran con su vida la función sponsal. Burucoa lo expresaba con un párrafo lleno de elocuencia:

«El monje sabe que la Iglesia no puede ser una madre fecunda para el mundo más que si se da sin cesar al Esposo, permaneciendo en Él. Sabe que, en la Iglesia, es él el primero a quien incumbe este intercambio constante del amor entre el cielo y la tierra. El monje hace profesión de amar. Toda su misión está ahí. La oración coral es el momento álgido de este amor»³⁷.

La liturgia monástica, por tanto, vista como ese servicio de amor necesario en la Iglesia, implica transformar la existencia en alabanza, en una respuesta a Dios en nombre de la humanidad, uniendo la voz «a tantas otras voces que en todo el mundo forman un solo coro, el de la Iglesia que aún peregrina en la tierra, unida a la de la Jerusalén celestial»³⁸.

³³ Cf. *Ordenación general de la Liturgia de las Horas* (1971), núm. 108.

³⁴ PABLO VI, Discurso de aprobación de la Const. dogm. *Sacrosanctum Concilium* (3.12.1963); cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, núm. 8.

³⁵ Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Sacrosanctum Concilium*, núm. 84.

³⁶ Cf. PABLO VI, Constitución apostólica *Laudis canticum* (1.11.1970).

³⁷ J.M. BURUCOA, *El camino benedictino*, Estella 1981, 35.

³⁸ M. CEREOZ RELLÁN, *Por amor a Cristo*, Barcelona 1995, 133-134.

5. Dimensiones del ministerio litúrgico ejercido por los monjes

Es momento ahora de aproximarnos a las principales dimensiones de ese ministerio orante que el monacato asume y ejerce como elemento específico de su misión en la Iglesia. Hay que poner de relieve, ante todo, su dinamismo trinitario³⁹. La plegaria litúrgica implica una acción de la Trinidad (*opus Trinitatis*)⁴⁰: es mensaje del Padre a sus hijos, por Cristo en el Espíritu Santo; y es respuesta que en el Espíritu, por Cristo, ofrece el pueblo sacerdotal a su Dios. El Padre, en efecto, habla y recibe la alabanza. En los labios de la Iglesia brota ese “Tú” filial que, con audacia y confianza, los hijos dirigen al Dios altísimo. La oración litúrgica ayuda al monje a descubrir y mantener viva la conciencia bautismal, la filiación divina, activando en él los sentimientos de intimidad, confianza, obediencia y docilidad.

Asimismo, Cristo está presente en medio de la comunidad orante y es su revelador y mediador. Como Hijo amado (cf. Mt 3,17), nos manifiesta su intimidad dialogante con el Padre y nos habilita a orar como Él oró en los días de su vida mortal (cf. Hb 5,7). La plegaria litúrgica de la comunidad benedictina quiere ser prolongación misteriosa de la oración de Jesús; esa oración aprendida en el seno del Padre y completada, por así decir, en las rodillas de la Madre en Nazaret⁴¹. Vale la pena, en este punto, que nos detengamos en la síntesis magistral que la *Ordenación general de Liturgia de la Horas* traza acerca de la plegaria de Jesús:

«El Hijo de Dios, que es uno con el Padre, y que al entrar en el mundo dijo: «Aquí estoy para hacer tu voluntad», se ha dignado ofrecernos ejemplos de su propia oración. En efecto, los evangelios nos lo presentan muchísimas veces en oración (...) Su actividad diaria estaba tan unida con la oración que incluso aparece fluyendo de la misma, como cuando se retiraba al desierto o al monte para orar, levantándose muy de mañana, o al anochecer, permaneciendo en oración hasta la madrugada (...) Hasta el final de su vida, acercándose ya el momento de la pasión, en la última Cena, en la agonía y en la cruz, el divino maestro mostró que era la oración lo que le animaba en el ministerio mesiánico y en el tránsito pascual (...) Y después de resucitar de entre los muertos vive para siempre y ruega por nosotros»⁴².

³⁹ Cf. CASTELLANO, *La Liturgia de las Horas*, 28-40.

⁴⁰ Cf. C. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la liturgia*, Madrid 1959, 184-233.

⁴¹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992), núm. 2599.

⁴² *Ordenación general de Liturgia de la Horas*, núm. 4.

Jesús de Nazaret era un *hombre orante*, que solía retirarse a lugares apartados para entregarse a la oración (cf. Lc 5,16), practicando él mismo su enseñanza de rezar en todo tiempo sin desalentarse (cf. Lc 18,1). La oración aparece así en el corazón de su ministerio mesiánico y de su tránsito pascual. San Benito ha contemplado místicamente a ese Cristo orante y lo ha propuesto como camino para el monje y como forma de servir en la Iglesia. A él le corresponderá de un modo particular, aunque no exclusivo, insertar y continuar esa oración en el *tempus Ecclesiae*.

La alabanza litúrgica de la comunidad monástica es, al mismo tiempo, oración del Señor, que «ora por nosotros como sacerdote nuestro, ora en nosotros por ser nuestra cabeza, es invocado por nosotros como Dios nuestro»⁴³. De esta cristificación de la liturgia se desprenden varias conclusiones: Cristo está presente en la celebración y la preside, la asamblea escucha y retiene su Palabra, Él asume nuestra plegaria. La oración monástica está, pues, totalmente impregnada de la presencia, de la memoria objetiva, del misterio y de la oración del mismo Cristo.

La dimensión trinitaria se manifiesta también en que es el Espíritu Santo quien suscita y eleva toda expresión humana al rango de oración de los hijos de Dios⁴⁴. La liturgia es oración *en el* Espíritu y oración *del* Espíritu, ya que Él es quien asegura la verdad de toda plegaria, la unidad de la Iglesia orante, su perseverancia y su eclesialidad; Él es quien purifica y entona nuestras oraciones y las hace llegar hasta el trono de Dios. En definitiva, cuando reza el pueblo de Dios, de un modo eminente en la acción litúrgica, es la Trinidad la que se revela. De ahí la importancia de resaltar los elementos trinitarios, como hace san Benito cuando prescribe a sus monjes levantarse, en señal de reverencia, para la doxología trinitaria durante el Oficio divino (*mox omnes cum reverentia surgant*)⁴⁵.

Hemos de acentuar igualmente la dimensión eclesial de la liturgia como servicio de amor. Si la Iglesia es por esencia una comunidad orante y como tal se ha manifestado desde los primeros momentos de su vida⁴⁶, los monjes reunidos para la sinaxis litúrgica día tras día manifiestan y expresan lo que la Iglesia es esencialmente. Cada comunidad monástica

⁴³ SAN AGUSTÍN, *Comentarios sobre los salmos*, 85,1.

⁴⁴ «No puede darse, pues, oración cristiana sin la acción del Espíritu Santo, el cual, realizando la unidad de la Iglesia, nos lleva al Padre por medio del Hijo»; *Ordenación general de la Liturgia de las Horas*, núm. 8.

⁴⁵ Cf. *Regla de san Benito*, cap. 11,3, ed. Colombás-Aranguren, 104.

⁴⁶ Cf. *Ordenación general de la Liturgia de las Horas*, núm. 1.

se constituye en intérprete y mediadora de la oración de todos los hombres, cuando se entrega a su ministerio de intercesión y de alabanza; ministerio de dimensiones cósmicas, en el que entra la Creación entera, la historia pasada, presente y futura, así como los grandes problemas que afligen a la humanidad.

Añadamos que la liturgia es la celebración de la historia salvífica y del misterio pascual. A través sobre todo de la liturgia de las Horas, los monjes se entregan a la alabanza del misterio de la salvación⁴⁷. La liturgia, en la totalidad de sus formas, realiza sacramentalmente esa historia. Por tanto, el centro de esta plegaria eclesial es la actualización del misterio salvífico, la celebración orante de la *historia salutis* con su culmen en el *paschale mysterium*. La plegaria litúrgica del cenobio benedictino, por consiguiente, muestra con una intensidad singular esta triple condición:

- es *memorial* de las maravillas de Dios en el AT y NT, incluido el tiempo de la Iglesia;
- es *presencia* del misterio en el hoy de los cristianos para el mundo;
- es *anticipación* esperanzada del cumplimiento de las promesas.

La liturgia hace presente y actualiza el momento recapitulador de la Pascua de Cristo con toda su objetividad y su eficacia. Ante todo, porque es presencia del Resucitado, que intercede por nosotros ante el Padre. El monje prolonga en ella la dimensión orante de Cristo.

Un último aspecto que quisiera mencionar es el doble movimiento de este gran coloquio de amor, al que ya he aludido más arriba. Toda acción litúrgica es portadora de la revelación y de la santificación de Dios. El culto espiritual es la respuesta de la Iglesia, que desde el corazón creyente sube hasta Dios, como oración que implica también fidelidad al compromiso de la alianza. Aquí la dimensión santificante de la oración comunitaria se apoya en la fuerza purificadora de la Palabra de Dios (cf. Jn 15,3), dirigida a su pueblo y rumiada en los salmos y otras piezas euclógicas.

El monje, lejos de desinteresarse de las vicisitudes de sus hermanos, experimenta con fuerza haber entrado a formar parte de un Cuerpo

⁴⁷ En este sentido se ha escrito que «la historia salvífica puede ser objeto de estudio, por parte de la teología, debe ser clave de interpretación para la exégesis bíblica; para la liturgia, es objeto de celebración»; cf. J. PINELL, «La liturgia de las horas, alabanza del misterio», *Vida religiosa* 36 (1934) 36.

orante, en cuyo interior –como asegura Magrassi– el Oficio divino es la manera peculiar de orar: «esta función es vital en el organismo místico, y ninguno que viva en plenitud la vida eclesial puede alejarse de esta vocación orante. El carácter sacerdotal y la vocación religiosa colocan a algunos en el seno del pueblo de Dios en una situación peculiar. En ella se enraíza una exigencia especial (...), ya que es intrínseca a la misma función eclesial, es decir, la de edificar la Iglesia por medio de la oración»⁴⁸.

6. La “sinfonía” de la liturgia benedictina

Pertenece a la belleza de la vida monástica benedictina dar voz a toda la sinfonía de sentimientos y actitudes que la liturgia despliega en su gran variedad de formularios. Un mismo amor –podemos decir– engendra toda esa gama de formas de plegaria, de expresiones y géneros literarios, de cantos y melodías, que aquí tan solo vamos a esbozar: la adoración, la alabanza, la acción de gracias, el ofrecimiento, la intercesión, la confesión de los pecados, la imploración o la súplica. En el *Catecismo* se proponen, de un modo descriptivo, estas actitudes primordiales⁴⁹:

- la adoración, como reconocimiento lleno de gratitud de la acción de Dios y de su majestad infinita; Benedicto XVI, explicando a los jóvenes en Colonia esta forma de oración, afirmaba que la sumisión expresada por la palabra griega *proskynesis* se torna unión, teniendo en cuenta el sentido de la palabra latina *adoratio*⁵⁰. Adorar significa, pues, rendirse ante el Amor;
- la oración de petición, elevada en toda necesidad y que podemos hacer en cualquier circunstancia; el monje persevera pidiendo *en el nombre de Jesús*, tomándole como mediador y abogado, con corazón humilde y abierto a los dones que Él quiera concederle;
- la oración de alabanza es la que reconoce que Dios es Dios, y que es bueno darle gracias por cuanto hace por nosotros, pero es también hermoso alabarle por ser el que es;
- la plegaria de intercesión brota de un corazón conforme a la misericordia divina y nos conforma muy de cerca con la oración de Cristo y con la

⁴⁸ M. MAGRASSI, «La spiritualità dell’Ufficio divino», en *Liturgia delle Ore. Documenti ufficiali e studi* (Quaderni di *Rivista Liturgica* 14), Torino 1972, 382.

⁴⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, núm. 2626-2643.

⁵⁰ Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía de la misa de la Jornada Mundial de la Juventud* (21.8.2005).

mediación confiada de los grandes intercesores bíblicos⁵¹; esta forma de plegaria hace del corazón del monje un corazón “misionero”⁵²; en las intercesiones de la plegaria eucarística, momento cumbre de la jornada litúrgica, elevamos nuestra súplica intercesora por la Iglesia y por el mundo.

- la acción de gracias expresa el reconocimiento de que todo es don de Dios; el canto diario de la comunidad monástica se eleva como respuesta agradecida a los incontables dones divinos: el prefacio de la misa, los himnos de acción de gracias del Salterio, etc., convierten al monje en alguien que vive agradeciendo, haciéndose portavoz de toda la Creación.

La liturgia viene a ser el “microcosmos” donde cristalizan todas las expresiones genuinas de la oración cristiana. Con la base de los salmos, los cánticos bíblicos, los himnos, las preces, las antífonas y responsorios, adquiere un espesor existencial. No hay que olvidar que el salterio ha germinado en plena tierra de los hombres, que recoge la oración de un pueblo y es una plegaria concreta y vivida⁵³. Del interior del monje van aflorando todos esos sentimientos transformados en oración: amor y dolor, gozo y angustia, triunfo y fracaso, confianza y temor, esperanza y abandono, estupor y alabanza, arrepentimiento y oblación, etc.

Todas las realidades que envuelven la propia vida y la vida de los hermanos son asumidas por la liturgia, ya que se ora lo que se vive. La oración se impregna de vida y la vida se convierte en oración. Al igual que el orante bíblico dialoga con Dios su historia y la historia de su pueblo, la creación, las maravillas de Dios, las victorias y las derrotas, la enfermedad, el miedo de la muerte y la incertidumbre de la suerte final⁵⁴. Oración, en suma, que no olvida la «dimensión histórica y local de la Iglesia peregrina en el tiempo, que comparte los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres y se siente (...) íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia»⁵⁵.

7. *Hacer de la propia vida una liturgia, un servicio de amor*

Al término de mi reflexión quisiera retomar un texto ya clásico de la Constitución *Laudis canticum* en el que el beato Pablo VI se refiere a la

⁵¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, núm. 2634-2635.

⁵² Cf. BURUCOA, *El camino benedictino*, 36.

⁵³ Cf. M. MANNATI, *Orar con los salmos* (Cuadernos bíblicos 11), Estella 1977, 63.

⁵⁴ Cf. MAGRASSI, «Le leggi strutturali del dialogo con Dio», 10.

⁵⁵ CASTELLANO, *La Liturgia de las Horas*, 83.

vida entera del cristiano como un culto espiritual. El Papa la asemeja a una *leitourghia*, «mediante la cual ellos se ofrecen en servicio de amor (*ministerium amoris*) a Dios y a los hombres, adhiriéndose a la acción de Cristo, que con su vida entre nosotros y el ofrecimiento de sí mismo, ha santificado la vida de todos los hombres»⁵⁶.

Si nuestra vida aspira de verdad a ser un culto bajo la acción del Espíritu, un himno de alabanza de la gloria de Dios y una respuesta a su llamada de amor debemos tomar en serio la necesidad del aprendizaje de la oración. Juan Pablo II, en *Novo millennio ineunte*, al delinear los caminos del tercer milenio cristiano, subrayó la urgencia de la educación a la oración, como respuesta a la exigencia de espiritualidad que se percibe en nuestro mundo. Invitaba asimismo a recuperar la plegaria comunitaria de la Iglesia también en las parroquias e incluso en las familias. Esa plegaria está llamada a participar en el ministerio de amor de una Iglesia que cree y espera:

«Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral (...) Cuánto ayudaría que no solo en las comunidades religiosas, sino también en las parroquiales, nos esforzáramos más para que todo el ambiente espiritual estuviera marcado por la oración. Convendría valorizar, con el oportuno discernimiento, las formas populares y sobre todo las litúrgicas. Está quizá más cercano de lo que ordinariamente se cree, el día en que en la comunidad cristiana se conjuguen los múltiples compromisos pastorales y de testimonio en el mundo con la celebración eucarística y quizás con el rezo de Laudes y Vísperas»⁵⁷.

Vale la pena trabajar para que los laicos se sumen a la liturgia, tomando conciencia de la dignidad de esta vivencia eclesial, y puedan saborear, como los monjes, las riquezas insondables del diálogo con Dios.

⁵⁶ Cf. PABLO VI, Constitución apostólica *Laudis canticum* (1.11.1970). Sobre la vida cristiana como culto espiritual remitimos a los trabajos de O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «Cristología y liturgia. Reflexión en torno a los ensayos cristológicos contemporáneos», *Phase* 105 (1978) 213-258; M. AUGÉ, *Spiritualità liturgica: «Offrite i vostri corpi come sacrificio vivente e gradito a Dio»*, Milano 1998; P. VISENTIN, «La vita che i fa liturgia e la liturgia che si fa vita», en *Celebrare il mistero di Cristo*, vol. 1, Roma 1993, 481-497; J. CASTELLANO, «Celebración litúrgica y existencia cristiana», *Revista de Espiritualidad* 38 (1979) 49-59.

⁵⁷ JUAN PABLO II, Carta apost. *Novo millennio ineunte* (6.1.2001), al comienzo del nuevo milenio, núm. 34.

Acogiendo y ofreciendo las alabanzas de todos, intercediendo por todos, sin distinción y sin vetos para nadie, la plegaria litúrgica fecunda de una manera misteriosa la historia humana, para convertirla en auténtica historia de salvación, según el designio fiel y eterno de Dios.

Debemos poner término a nuestra reflexión pero no a nuestra alabanza. Ahora tenéis la oportunidad de uniros a la oración de la comunidad monástica y de pensar en lo que aquí habéis escuchado. No olvidéis que el tiempo de la celebración es un tiempo de donación y gratuidad, en el que la belleza de las artes nos envuelve y nos hace sensibles a la belleza de Dios. Tened presente que la liturgia unifica la vida del monje y la de todo creyente, infundiendo, como lluvia fina que empapa la tierra, los sentimientos de Cristo Jesús en aquel que mantiene abierto su corazón⁵⁸.

Juan Pablo RUBIO SADIA, OSB
Abadía Benedictina de la Santa Cruz del Valle de los Caídos
(Madrid)
Pontificio Instituto Litúrgico San Anselmo (Roma)
Universidad Eclesiástica San Dámaso (Madrid)

⁵⁸ Cf. J.-L. SOULETIE, *Les moines et leur liturgie*, París 2011, 7-20.